



(Exp. S/N) – HOMENAJE DEL CONSEJO DE FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN AL PROF. JUAN INTROINI – Sesión del Consejo de Facultad correspondiente al miércoles 17 de julio de 2013.

Sr. DECANO Dr. ÁLVARO RICO: Dando comienzo a la sesión de hoy, quiero agradecer antes que nada la concurrencia de amigos, conocidos, compañeros y docentes de esta casa de estudios, que se hacen hoy presentes a esta parte solemne de la sesión del Consejo. Agradecer también a nuestro ex decano, el Prof. Adolfo Elizaincín, por su presencia entre nosotros.

Efectivamente, resolvimos iniciar la sesión del día de la fecha recordando, homenajeando, la memoria de nuestro querido Profesor Juan Introini. Y creímos del caso invitar al Prof. Pablo Rocca, que nos acompañará, cosa que también agradecemos mucho, para que realizara una semblanza intelectual y de la trayectoria académica de Juan. Así que, sin más trámites, le damos la palabra al Profesor Titular del Departamento de Literatura Uruguaya y Latinoamericana, Pablo Rocca.

Dr. ROCCA: Buenas noches, Sr. Decano, Sres. Consejeros, Sres. colegas, amigos. Yo voy a leer esto porque creo que es lo más adecuado para una circunstancia como esta. El pasado año se manifestó la terrible enfermedad que se llevó al Prof. Juan Introini hace unos días. No sé si nuestro colega conocía la gravedad de su problema. Es probable que sí, ya que decidió retirarse para dar la batalla contra la enfermedad, quizá para disfrutar de sus últimas energías. Es probable que no lo supiera. Al menos yo, que hablé con él casi cotidianamente desde entonces, nunca escuché una queja lastimera, una frase autoconmiserativa, nada que lo colocara en el lugar del terrible doliente que, en efecto, era.

Nadie podía prever este final, se sabe que nadie puede prever ningún final al que –tarde o temprano– todos estamos condenados; ninguno de los que conocíamos a Juan podíamos augurar tanta resistencia a tanto dolor, tamaño estoicismo. O tal vez sí, porque detrás de esa figura más bien frágil, de ese andar cansino y algo desgarrado, de esa sonrisa siempre amable, de esa discreción no exenta de ironía, había un pudor, una reluctancia a exponer sus asuntos personales de ningún tipo. Introini practicaba la mejor forma del pudor.

En la acostumbrada feria de vanidades, el Profesor Introini siempre fue la excepción: el que siempre estaba dispuesto a escuchar, el que elegía el diálogo en lugar del discurso autocomplaciente, el que atendía con una mirada escrutadora, a veces dulcemente sarcástica –si se me permite el oxímoron– las miserias y las glorias o presuntas glorias de los otros.

Poco contaba de sí y muy poco dejaba traslucir. Y, sin embargo, de una conversación con Juan siempre se salía reconfortado, siempre se gozaba su observación del pormenor, su picardía en el relato o la anécdota de algo que había pasado horas o minutos atrás o en algún día pasado. Luego de su retiro abrupto de la Facultad puedo decir que muchos sentimos que se produjo un vacío inmenso. Con él se fue el difícil equilibrio, la ponderación ante caracteres siempre complejos y a menudo contradictorios, había perdido –perdió quién sabe hasta cuándo– a su mejor articulador, a su actor más comprensivo. Alguna vez ese espíritu dialógico se pudo interpretar como un síntoma de debilidad, y entiendo que así lo fue más de una vez, porque su horror a los conflictos y su convicción

de que era necesario construir todo en el mayor acuerdo lo llevó a atenuar las rispideces, encontrar las soluciones, sortear las discordias.

Nacido en 1948, Juan Introini se formó en el Instituto de Profesores “Artigas” y en la entonces Facultad de Humanidades y Ciencias. Egresó de las dos instituciones. Su pasaje por la Educación Secundaria fue más bien breve, más en el ámbito de la educación privada que en la pública, justamente porque se sirvió de esa opción como una coartada para zafar de las imposiciones de la dictadura. Pero su gran vocación, casi, se diría, el centro de su vida, transcurrió en la Facultad y, en particular, en los estudios clásicos, bajo el magisterio del Prof. Vicente Cicalese, a quien nunca dejó de recordar. Cuando Cicalese fue apartado del cargo por la intervención, Juan Introini, quien poco tiempo atrás se desempeñaba en un cargo de formación, renunció como forma de protesta. Nunca contaba esa historia porque no se creía un héroe, y no lo era. Simple y llanamente era una persona digna que, precisamente por eso, no tenía necesidad de exhibirse ni de figurar en relación a esta conducta como ante cualquier otra.

Cuando volvió la democracia, en 1985, Introini retornó a la Facultad, primero como asistente de Lengua y Literatura Latinas, luego como Profesor Agregado de la misma disciplina. Después de la muerte de Cicalese legítimamente pudo aspirar al cargo que había desempeñado su maestro. No lo hizo porque pensó que era mejor dejar el espacio abierto para los más jóvenes que tenían posibilidades de una formación de posgrados en el exterior a la que él, por las oscuras circunstancias históricas que le tocaron en el reparto, no pudo llegar o podría haber llegado algo tarde, sin muchas fuerzas. Sólo había usufructuado una beca en Italia para estudiar la literatura de Ítalo Calvino, a quien ciertamente su propia literatura es tan afin. Nunca le escuchamos repetir esta decisión que le vedaba el acceso al máximo escalón de la carrera académica. Bastó que una vez fuera dicha, y listo. Todos encontraban que era algo natural. Porque a una persona delicada y humilde como Juan no podía sino tomárselo así o porque se suele olvidar (o quizá porque es *preferible* olvidar) que una conducta como la de Juan Introini marcaba la incómoda excepción y no la dudosa regla.

Su aspiración mayor, su verdadera *carrera* fue la pasión por el trabajo, por la enseñanza de la lengua y la literatura latinas, por la lectura y, claro que de modo casi secreto, por la escritura. A menudo bromeaba con él diciéndole que nadie lo superaba en la frecuencia de integración de tribunales para cargos en toda la Universidad de la República. Habría que hacer la estadística, pero no creo que haya participado en menos de un centenar de ocasiones en los Institutos de Letras, Lingüística y Filosofía en Comisiones asesoras y tribunales de concursos. Por no hablar de tribunales de monografías, comisiones, claustros y hasta en las sesiones de este mismo Consejo. Apenas con algún mohín o una de esas risitas espasmódicas y algo estridentes que soltaba a menudo, Juan sabía reírse de sí mismo. Y aceptaba, al fin y al cabo, que ese era su destino. Tal vez ese era también su enigma.

Esta es, antes que nada, una lección que nos dejó: como docente, como investigador, como director del Departamento de Filología Clásica, como Coordinador del Instituto de Letras y como Director interino del Departamento de Literaturas Uruguayas y Latinoamericana. Sin alharacas el Profesor Introini nos ha enseñando que la entrega por el otro no es una simple fórmula, sino un mandato que nos completa como individuos; una entrega que nos obliga a salir de nuestro “*reino interior*”, para decirlo con el título de un poema de Rubén Darío al que Juan tanto admiraba.

En momentos como los de ahora, en que se discute el plan de Letras, que lo desveló hasta último momento, en tiempos de indiferencia ante los estudios y las lenguas clásicas, hay un legado en esta actitud humana y profesional. Un legado que el Profesor Introini nos ofreció silenciosamente: la responsabilidad, la necesidad de volver a las fuentes para entender mejor lo actual, el estudio de la *tradición crítica*, para decirlo en términos de Lauro Ayestarán. El étimo de tradición “*en español, francés, italiano, inglés y portugués*” –recordó Ayestarán– proviene de la raíz latina del mismo modo que *traditor*. Si esta última palabra “*se convierte en una palabra ominosa: traición [...] el verbo tradere a su vez engendra un tercer y riesgoso vocablo: traducción [...] Este es el mundo conflictual, cálido y lleno de vida, de la palabra tradición*”. La tradición clásica fue para Juan Introini un hogar y un mandato profesional. Convendría que no olvidáramos que, como él mismo lo advirtió en su brillante discurso de asunción como Académico de Número en la Academia Nacional de Letras, una colectividad como la nuestra está condenada al creciente empobrecimiento cultural si olvida esa otra tradición de la que nos hemos nutrido y sus realizaciones pragmáticas, es decir si

sólo, hemipléjicamente, se ampara o se promueve un solo aspecto de la producción o del quehacer cultural.

La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación es el centro de los estudios clásicos en el país. Fortalecer este campo, respaldar a sus docentes e investigadores es la mejor manera de recordar a seres ejemplares como Juan Introini.

Cuando ya había pasado la barrera de los cuarenta años Juan Introini publicó su primer libro de ficción, *El intruso*, un libro de cuentos como otros dos que dio a conocer más tarde: *La llave de plata* y *Enmascarado*. En 2002 publicó la novela corta *La tumba*. Ningún sello editorial exitoso publicó sus obras (el primero de los libros ni siquiera tiene editorial), muy pocas librerías los exhibieron o los tuvieron a la venta en disimulados anaqueles. Todos estos títulos fueron financiados por el autor quien, además, los obsequiaba a aquellas personas de su cercano trato o a los que podían interesarse en leerlos. En un cuento del primer libro hay un apunte del narrador en tercera persona sobre el protagonista de la historia, titulada “Plinio V,5”, quien posterga indefinidamente la escritura de su propio relato “*con la íntima excusa de leer algún otro libro o procurarse un nuevo documento*” (*El intruso*, Montevideo, 1989: 82). Algo de eso ocurrió con Juan Introini, quien no eligió el camino de convertirse en un narrador oscuro sino que eligió la escritura como luminosa consecuencia inevitable de la lectura, como fatal opción creativa que complementa la escritura ajena, a la que siempre estuvo atento aun en sus expresiones más aparentemente alejadas de las convencionales preocupaciones de un profesor de Latín.

Cuando la escritura creativa se le impuso simplemente, con la discreción con que afrontaba sus otras actividades, decidió apartarse de todo aparato publicitario del cual aborrecía. Ese mismo aparato tan servicial con cualquier producto que reverencia algún aspecto de la moda o la frivolidad intelectual que, simplemente, le dio la espalda porque sus ficciones no se acomodaban a sus exigencias y, sobre todo, porque el autor no recorría salas de redacción ni canales de radio o televisión en busca de notoriedad. La literatura, a veces, es cosa del futuro. Ya se podrá ver que, más allá de contados reconocimientos en algunas antologías y algunas escasos artículos sobre su obra, los textos de Introini figurarán entre lo mejor de estos años que han pasado, y que seguirán vigentes para su disfrute y no para su consumo a las apuradas. Me puedo jactar de algo: un cuento extraordinario, “Enmascarado”, que representa un imaginario juicio de la posmodernidad a los ideales clásicos encarnados en José Enrique Rodó, fue incluido en el programa del curso panorámico de Literatura Uruguaya en 2011, en el que conté con la colaboración del Mag. Daniel Vidal. Invitamos a Juan a dialogar con los estudiantes, donde desplegó su bonhomía y fineza; una grabación de ese encuentro la atesoramos hoy en la Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras.

Las ficciones de Juan Introini manejan con sabiduría diversas técnicas y estilos narrativos, se apropian del lenguaje no sólo como herramienta comunicativa sino como un ejercicio de disfrute y de belleza, aun en los espacios menudos y a veces sórdidos por los que transcurren sus criaturas, entre lo realista y lo fantástico, para decirlo con dos categorías algo apresuradas para el caso. Su confianza última se encuentra en el lenguaje como poder de conocimiento e interpretación del mundo. En su novela *La tumba*, Juan Introini crea una serie de capítulos que titula “fragmentos del cuaderno marrón”. Todos estos corresponden a las falsas memorias de Francisco Acuña de Figueroa, quien sostiene un discurso para diversos mudos *partenaires* o, para decirlo más técnicamente, narratarios. En el pasaje final, al borde de la muerte, Introini le hace decir a ese Acuña de papel: “*Como todo poeta, para mi salvación o mi condena, fui arrojado a este mundo con ese único fin: hacer versos. Todo lo demás fue accidental, insignificante, ilusorio*” (*La tumba*. Montevideo, Ed. del Caballo Perdido, 2002: 147). La definición me parece válida, aun más: me parece de las más precisas que leí sobre un personaje y un escritor tan fascinante como incorrecto e incómodo, como tan escasa e injustamente editado y estudiado. Esa definición, tal vez, caracterice al menos los deseos del propio Juan Introini por ser recordado de esa manera: como un creador.

El Profesor Introini publicó diversos trabajos sobre su específico campo de estudio como contribución a congresos y actividades académicas, principalmente ocurridas en la Facultad y sobre todo en el ámbito de las Jornadas de Estudios Clásicos. En los últimos años, con la colaboración de dos integrantes de su disciplina, Victoria Herrera y Luis Augusto Moreira, trabajó en el proyecto que indagó las repercusiones de la tradición clásica en la literatura uruguaya. Esa idea que, en germen,

estaba en algunos escasos trabajos de Cicalese, adquirió en esta investigación proporciones renovadoras que aún no se ha calibrado en toda su notable dimensión. Consecuencia de esta labor, que recibió el apoyo de la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad, fueron publicados dos volúmenes: *La ninfa en la selva* (2008) y *Viejas liras y nuevos vates* (2012). Un pequeño artículo de Juan Introini en este último volumen puede servir como ejemplo para estimar las proporciones justas de una contribución sobre un tema hartado por la crítica y la historiografía literaria y cultural desde comienzos del siglo XX y que, sin embargo, no había reparado en el punto. Introini prueba que en las composiciones de Bartolomé Hidalgo la frontera entre lo neoclásico y el verso de presunta matriz oral (lo que llamamos *gauchesca*) no están tan distanciados. Que desde Hidalgo la *gauchesca* se asume como la voz de uno que, haciendo el gesto de contar su vida, habla por una totalidad abstracta (la patria, el partido, la ley, la libertad, etcétera) y para eso echa mano a la antigua retórica clásica, la más apta para representar este simulacro. Esa contribución, de la que tomo apenas un caso, se podrá valorar en su justo precio cuando logremos tramitar un poco más nuestras investigaciones.

Juan Introini se negó a recibir homenaje alguno. Antes de que lo asaltara la enfermedad había aceptado, sin ahorrarse irónicos comentarios entre amigos, la invitación a ingresar a la Academia Nacional de Letras; luego de su retiro de la Universidad, en las circunstancias difíciles ya reseñadas, prefirió mantenerse en el discreto lugar en el que siempre había estado, esto es: lejos de cualquier foco que lo alumbrara en el centro de la escena. En la Directiva del Instituto de Letras se manejó nombrarlo Docente libre y cuando se lo consultó se negó terminantemente. Pero en octubre del año pasado le tendimos una trampa. En el IV Seminario “Enfoques sobre Literatura y Cultura Latinoamericanas”, que –en conjunto con el Departamento de Filología Clásica– dedicamos al siglo XIX y a la figura de su admirado Acuña de Figueroa, pergeñamos con la Prof. Cristina Gil, entrañable amiga de Juan desde siempre, una forma de engatusarlo. Lo hicimos ir, casi bajo amenaza, y cuando concluyó una exposición pedimos que no se aplaudiera al conferenciante sino al Profesor Introini, quien tanto nos había enseñado sobre el tema. El público, que superaba las setenta personas, se puso automáticamente de pie y un prolongado aplauso consiguió emocionar a Juan, quien –fiel a su riguroso pudor– se las ingenió para no llorar.

Para despedirme y despedirlo voy a leer un poema de César Vallejo. Se llama “París, octubre 1936”; es de su última época:

De todo esto yo soy el único que parte.
De este banco me voy, de mis calzones,
de mi gran situación, de mis acciones,
de mi número hendido parte a parte,
de todo esto yo soy el único que parte.

De los Campos Eliseos o al dar vuelta
la extraña callejuela de la Luna,
mi defunción se va, parte mi cuna,
y, rodeada de gente, sola, suelta,
mi semejanza humana dase vuelta
y despacha sus sombras una a una.

Y me alejo de todo, porque todo
se queda para hacer la coartada:
mi zapato, su ojal, también su lodo
y hasta el doblez del codo
de mi propia camisa abotonada.

No quisiera decir más. Sólo que sé que a mí, como a muchos otros, de lo mejor que nos ha pasado en nuestro tránsito por la Facultad fue disfrutar de la persona de Juan Introini, cuya memoria deberíamos atesorar para proteger y salvar lo mejor que tenemos de nosotros mismos.

(Aplausos)

Sr. DECANO: Quisiera agregar simplemente cuatro apuntes de mi recuerdo sobre Juan, no soy quien para referirme con propiedad a los aportes académicos y obra de Introini, y ya lo ha hecho con creces el Profesor Pablo Rocca. Sí quería agregar que, personalmente, nunca lo vi a Juan en esas mesas de boliche para las que –dicen– que era también muy bueno, en saber pasar el tiempo conversando, en esas renombradas tertulias entre amigos y colegas. Pero sí lo vi muchas veces al mediodía en las mesas de nuestra cantina, porque la Facultad es también, para el recuerdo de todos nosotros, esas fotos de lugares y de personas que nos familiarizan con nuestra casa y lugares de la Facultad. Y creo que vamos a extrañar esas mesas de cantina llenas con Juan, con Cristina, con Libia. Con compañeros que compartían junto a él, -y si no era acá, era el boliche de Minas y Paysandú, o algún otro donde los veíamos animadamente tras las ventanas-, en ese rito importante de compartir el almuerzo juntos, y sobre todo el rito de la palabra, la conversación, la comunicación. Era bueno para hacer amistades a través de la palabra, y creo que en ese sentido su ausencia también se va a notar en esos lugares a los que él, y este grupo de amigos, nos tenían tan acostumbrados desde hace tantos años. Segundo, quería recordar a Juan pidiéndole una entrevista al Decano para transmitirle que había tomado la decisión de jubilarse. Muy poco mencionada en el intercambio las razones de su enfermedad, porque fundamentalmente pensaba dedicarse a sus propios planes de trabajo. Dedicarse a los asuntos de vida pendientes, y que evidentemente, esos tribunales de concursos o comisiones o reuniones de directiva, a lo que Pablo Rocca hacía mención, esa exigencia que durante mucho tiempo tuvo como Coordinador del Instituto o al frente del Departamento, le impedían o le dificultaban, porque también en relación a su responsabilidad y compromiso con todas estas actividades fue fructífera su labor intelectual y universitaria. Entonces, quiero recordarlo a él, en esa conversación, lleno de planes, con una actitud valiente al asumir la enfermedad, que yo desconocía, y al mismo tiempo, apostando a lo que vendrá, mucho, poco, largo o corto tiempo, pero lleno de proyectos para poder concluir una trayectoria importante. Y, en tercer lugar, quiero recordarlo pronunciando su discurso de aceptación a integrarse como miembro a la Academia Nacional de Letras, en aquella noche en que lo escuchamos muy atentamente parados en aquel patio de la sede de la academia por estar la sala de sesiones repleta, y porque llegamos un poco tarde, con tanta gente que había allí. Y a pesar de su jubilación, a pesar de su retiro, a pesar de su enfermedad, qué exultante estuvo, qué profundo, qué enseñanza nos dejó, cómo supo ligar lo que fue su vida, su dedicación a los estudios clásicos, con los que nos está pasando en este mundo, en esta contemporaneidad. Por suerte, y a la altura de nuestras modestas posibilidades como Facultad, supimos difundir por cuanto medio estuvo a nuestro alcance esas palabras de aceptación al título, porque realmente las mismas nos son ahora un legado de su forma de pensar y de todo lo que supo dar.

Tuve la tentación, porque sé que no iba a poder hacer un estudio de sus aportes y de su trabajo, de leer en forma suelta algunos fragmentos de sus libros, para de alguna manera encontrar en ellos lo mucho que hay de él mismo en su escritura y ficción. Y tal como hizo Pablo, y para terminar estas palabras, quisiera compartir con ustedes esos dos o tres breves lugares donde, en alguna medida, siento que él está hablando de sí mismo. En un trabajo que se llama “Un disfraz para Barman”, dice: *“No sé, todo es posible, en la vida todo son versiones, nunca logramos saber con certeza respecto a la vida de los demás. Ni siquiera a las de aquellos que nos rodean, que tenemos al lado, ni siquiera en lo que refiere a nuestros padres. Ellos transcurren silentes, paralelos, envueltos en oscuros meandros que a veces, casualmente, mucho después el tiempo nos devela, y es como si abriéramos la puerta de una habitación largamente clausurada. A la que se nos había prohibido entrar, y*

presenciáramos una escena turbadora, que no estaba prevista presenciáramos, un acto de secreta abnegación, celosamente oculto o una acción abyecta cuidadosamente camuflada. Después de una de esas raras revelaciones, ya no volvemos hacer los mismos, el futuro se nos contamina de pasado, se nos tuerce, adquiere una luz distinta”. Y en otro pasaje, dice: “Ah, como envidio esa tranquilidad, esa certeza, yo que no logro probar el sueño, ese manjar del banquete de la vida, ese restaurador del alma. Yo que busco e indago y no tengo respuestas. Pero yo no fui un gran general, un poderoso de este mundo, sino que soy un poeta, es decir, un traidor, un maldito, un bufón de este teatro”.
Gracias, Juan.

(Aplausos)

SCAC/ff